

Sobre los préstamos léxicos en un texto científico del siglo XVI: La traducción anónima del Tratado de las drogas de Cristóbal Acosta

Teresa GIL GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid.

En los siglos XV y XVI con el auge de las publicaciones de traducciones de textos científicos latinos o griegos o de otras lenguas románicas, el italiano vulgar va a extenderse a sectores en los que tradicionalmente se imponía el latín como vehículo de cultura común europea e instrumento lingüístico de prestigio. Esta actividad práctica propiciaba la consolidación de una lengua unitaria que iba a perfeccionarse a través de estos usos en todos los niveles de comunicación. Así pues, no solamente en el ámbito de lo literario, los expertos usuarios y los mejores conocedores del código lingüístico toman conciencia de la adopción indispensable de una norma que justifique una cultura común, sino también aquellos que trabajan en los sectores técnicos especializados como la medicina, las ciencias naturales o la farmacia exigen un tratamiento riguroso de la lengua a través de una cuidadosa selección de la terminología específica, sobre la base de la necesidad imperiosa de la transmisión de información. El resultado va a suponer la definición y ampliación de un léxico culto en lengua vulgar, en la trama de una sintaxis coherente con este nivel lingüístico. Imperceptiblemente quienes se ocupaban de estos asuntos se dan cuenta de que enriquecer la lengua induce inmediatamente a enriquecer el pensamiento¹ y precisamente esto es lo que perseguían.

¹ Es importantísimo el papel de las traducciones en el Renacimiento. La asimilación de la cultura clásica procede no sólo de la reedición de textos antiguos, sino de la reinterpretación que se hacía de los originales en lengua vulgar, las llamadas *vulgarizaciones*. Con esta práctica, se entraba de lleno en cuestiones lingüísticas, tan proficuas en los debates de la época, y fundamentales para la concepción de la lengua como instrumento de cultura

Así que, como consecuencia del cambio de actitud, el carácter práctico de la actividad intelectual del hombre renacentista, conforme a la filosofía existente, propicia la creación de una prosa científica al alcance de un mayor número de receptores. El compromiso de los primeros “teorizadores” del arte y de la ciencia, entre los cuales destaca Leonardo da Vinci, se confirmará más tarde con Galileo, en el siglo XVII². En estos dos siglos, las ediciones de textos de tema científico o técnico tuvieron un gran éxito. Podemos encontrar todo tipo de escritos, vulgarizaciones de textos fundamentales como los *Discorsi nei sei libri di Dioscoride* de Mattioli, versiones romances de obras antiguas muy conocidas como el tratado de *Agricoltura* de Pietro de’ Crescenzi, o la *Naturalis Historia* de Plinio, traducciones contemporáneas de originales escritos en latín o incluso obras técnicas originales³. A estos temas, que podríamos denominar clásicos, se añaden novedades importantes. Nos referimos a textos que tienen por materia los viajes ultramarinos y los descubrimientos geográficos. El éxito de estas publicaciones es inmediato, como consecuencia del interés natural de los lectores europeos, deseosos de conocer de primera mano los últimos acontecimientos. Su curiosidad se ve satisfecha con creces pues con mucha rapidez se les hacía partícipes de lo que estaba ocurriendo, lo que implicaba, además, la apertura a un mundo desconocido que debía ser integrado en la ordenación cultural vigente.

común. El toscano en esta perspectiva humanística debía ennoblecerse con términos cultos, latinos, que fueran comprensibles a todos los lectores italianos, es decir, sin perder de vista la necesidad de una lengua inteligible y apta para ejercer su hegemonía —también política— en la península, se debía poder competir, en igualdad de condiciones, con el prestigio del latín. De ahí la necesidad que tenemos de revisar textos menos característicos que los literarios ya conocidos, para entender mejor estas cuestiones que tienen nombre: la *Questione della lingua*. Mucho se ha escrito sobre el tema, nuestra observación sirve sólo de nota de atención, y no de resumen simplista de un tema tan complejo. Textos fundamentales sobre esto: Folena (1991); Grayson (1982); Dionisotti (1967) y finalmente el historiador de la lengua Claudio Marazzini (1993).

² Sobre el proceso de formación en italiano de los lenguajes científicos anotamos el trabajo del historiador y lexicógrafo Mauricio Dardano (1994) en el que analiza el nacimiento de la prosa científica y su evolución hasta la actualidad. Se ocupa en especial de los textos médicos, justificados como ciencia experimental con mayor documentación e incidencia en la vida pública pues es el estudio más cultivado y el que engloba a otros asuntos, botánica, farmacia, química, que en la época también estaban ligados en su aplicación práctica a la salud y mejora de las condiciones de los ciudadanos.

³ Citemos, como los textos más conocidos en la época, la ediciones española e italiana del Dioscórides de Andrés Laguna (1555) y Pierandrea Mattioli (1557). Sobre los problemas concretos en el tratamiento del léxico en las vulgarizaciones de textos latinos, se puede consultar el trabajo de Elena Camillo (1991).

En este apartado entra un gran número de obras originales de aventureros o marinos que relatan sus viajes en los mares del mundo; algunas, tan famosas como las relaciones de Antonio Pigafetta, Amerigo Vespucci, Gerolamo Benzoni o Francesco Sasseti, comparten público lector con traducciones del español o del portugués de asuntos médicos, botánicos, religiosos confiadas no siempre a expertos conocedores del idioma, o descuidadas quizás en el tratamiento del texto⁴. Estos escritos no se pueden adscribir a la categoría de texto literario, pues prevalece el interés inmediato de la transmisión de información y carecen de finalidad estética, y suelen ir destinadas a un tipo de público poco exigente, interesado sólo en el contenido. Don Quijote de la Mancha, que estaba siempre atento a las manifestaciones de la cultura de su tiempo, precisamente por estos motivos se había forjado un juicio negativo sobre las tantas traducciones de este tipo que circulaban en la época: “el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no lo arguye el que traslada ni el que copia de un papel a otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio de traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar que menos provecho le trujere” (Cervantes 1998: 1114).

Sin embargo, esta permeabilidad de información, a pesar de todos los inconvenientes y salvedades, activa entre otras cosas la industria editorial, base fundamental, por lo demás, en la difusión de una cultura común. Una exigencia a la que son sensibles los editores venecianos, los que con un interés claramente empresarial, sin embargo, facilitarán enormemente la tarea a aquellos que se ocupan de cuestiones lingüísticas. Las consecuencias, en parte, vendría a paliar también los efectos negativos del descubrimiento de América sobre el comercio del Mediterráneo. Italia había quedado al margen de los viajes y los descubrimientos, pero iba a ser la pionera en la transmisión de información al resto de países europeos, porque a través del italiano se llevarán estas novedades a las restantes lenguas europeas. Más importante aún va a ser el efecto de este trabajo de sistematización y normalización

⁴ Son muchas las relaciones de viajes a las Indias Orientales y Occidentales escritas en lengua italiana. De este tema se han ocupado numerosos estudiosos en trabajos puntuales y la cuestión ha dado lugar también a la organización de Congresos y Seminarios precisamente en fechas coincidentes con el Cincuentenario del Descubrimiento. De las obras particulares destacamos por su presencia en textos de historia de la lengua y en diccionarios etimológicos e históricos, Pigafetta (1523); Benzoni (1565); Sasseti (1583). Las traducciones son también numerosísimas, la lista es enorme y cumplida información y para no alargarnos nos la ofrece D'Agostino (1993) y la siempre válida documentación de Beccaria, (1968).

de un sector del lenguaje en la difusión de la lengua italiana en la península. Imperceptiblemente, la imprenta tuvo que asumir un compromiso con el número creciente de lectores, público heterogéneo además en cuanto a proveniencia geográfica o nivel de instrucción. Esta ampliación del mercado, a la vez que se beneficia de las posibilidades de un vehículo de transmisión eficaz como es el libro, favoreció aún más que el refinado mundo humanístico, la expansión de una lengua común para todos, con una seria toma de conciencia de las dificultades prácticas de comprensión. Y desde Venecia se va a llevar a sectores no estrictamente literarios, la hegemonía de la lengua toscana⁵.

En este contexto histórico, en la Venecia de finales del siglo XVI, aparece la traducción anónima de la obra del Doctor Acosta. En 1585, en la tipografía de Francesco Ziletti, un desconocido traductor⁶ dedica a un tal Melchioro Guilandini, viajero también él, el trabajo del famoso médico español⁷.

⁵ La famosa fórmula “lingua toscana in libro veneziano” resume precisamente la febril actividad cultural que se desarrollaba en la República marinera y sus consecuencias más evidentes para la historia de la lengua italiana. Venecia no es sólo la capital de la industria editorial sino que desde esta posición y por claros motivos económicos asume el compromiso de difundir un modelo lingüístico unitario capaz de satisfacer al mercado de lectores de toda la península. Así que los editores pusieron todo su empeño en organizar todo tipo de subsidios técnicos y retóricos para no alejarse un punto de las normas gramaticales establecidas por los humanistas más preclaros. Entre ellos, no puede faltar, claro está, Pietro Bembo. Sobre esta cuestión véase el capítulo preparado por Pietro Trifone en la *Storia della lingua Italiana* (1993).

⁶ El estudio de la traducción italiana de la obra de Acosta la he presentado en las V Jornadas Internacionales de Historia de la Traducción, celebradas en León del 29 al 31 de Mayo de 2000. Se espera la publicación de las actas en breve.

⁷ Cristóbal Acosta es el autor de este *Tratado de la drogas*, ejemplo claro de actividad científica aplicada a fines prácticos. La obra en prosa se acompaña de dibujos que no son sólo elementos decorativos, sino que demuestran esta dedicación. La edición permite al lector identificar y clasificar las plantas medicinales de forma que el texto puede incluirse en temas médicos o botánicos. Su carácter claramente divulgativo justifica la utilización de una lengua romance y se comprende que se difundiera con tanta rapidez como manual entre las restantes lenguas nacionales. La biografía de Cristóbal Acosta, interesante porque refleja las inquietudes de un hombre de su tiempo, ha sido recientemente editada en la ciudad de Ceuta, por el Instituto de Estudios Ceutíes adscrito al CSIC (Jarque 1982). Se cree que se trate de un español de origen portugués, quizá judío converso, que había sido discípulo de García da Orta a quien había conocido en alguno de sus viajes a la India. A la muerte del maestro, tendrá que seguir sus enseñanzas a través del estudio de los *Coloquios dos Simples* (1563). Esta obra es muy interesante para la historia de la lengua portuguesa, pues aquí encontramos las primeras documentaciones de tecnicismos, denominaciones de plantas y animales de los nuevos territorios descubiertos por los viajeros portugueses, entradas justificadas en el diccionario etimológico de la Lengua Portuguesa de J.P. Machado (1989).

Siete años median entre la edición española en 1578 y la italiana de 1585, lo que supone una gran rapidez en la época y una gran fortuna, así que los lectores, imaginamos que especialistas en la materia, pudieron apreciar el gran valor científico de este trabajo sin pérdida de tiempo y de validez. Entre tanto sabemos que había sido vertido a la lengua latina, para su difusión en países centroeuropeos, y más tarde fue publicado en Francia (1603) y en Inglaterra (1604). Las sucesivas ediciones de la obra de botánica de Cristóbal Acosta son la clara confirmación de la fama que consiguió en ese momento en todos los países.

En el texto original nos interesaría considerar indudablemente la novedad del tema y su tratamiento⁸, ya que no es nuestra tarea valorar el aspecto científico que implica este trabajo en su tiempo. Sí, en cambio, sabemos que, aun de origen portugués, según parece, el autor escribe el texto en un perfecto castellano. Las bases de su estudio son las obras clásicas de la botánica, el Dioscórides explicado por Andrés Laguna y otros estudiosos contemporáneos a los que constantemente cita en su escrito. Relaciones de aventureros y viajeros que describen plantas y costumbres de países exóticos también han podido influir en sus conocimientos⁹. Y sobre todo su experiencia propia de explorador y observador atento de cuanto ve. Todo ello lo ha sabido plasmar con inteligencia y generosidad, de manera que este trabajo, fruto de muchos años de minucioso análisis y sistematización de la realidad, también encuentra un hueco en la historia de la lengua española puesto que aquí apa-

⁸ Nuestro trabajo está basado en la traducción anónima de la edición española de la obra de Cristóbal Acosta que se encuentra en el Fondo Antiguo de la Biblioteca de la Facultad de Medicina con la signatura 615.3.Ac.7c. La obra es un tomo en cuarto mayor de 342 páginas y 48 de portada, prólogos e índices. Contiene también un tratado del Elefante y sus cualidades. El impresor, Francesco Ziletti, al inicio hace saber que habiendo ya publicado la primera y la segunda parte de las obras de Monardes, ha querido publicar la de Acosta. No traduce los versos de la edición española y los grabados, en cambio, son muy parecidos a aquélla, también localizada en el Fondo Antiguo de la citada Biblioteca y consultada para nuestro trabajo. La primera letra de cada capítulo es de adorno, empieza el texto con un capítulo dedicado a la canela y termina en el LXVIII tratando del opio.

⁹ Acosta botánico conoce los clásicos de la materia, Mattioli y Laguna (Lacuna, traducido en la versión italiana) que hicieron excelentes versiones de la obra de Dioscórides. Recoge en un índice los nombres de casi todos los estudiosos del tema, clásicos o contemporáneos a los que cita constantemente. Se ve influido por los conocimientos de los médicos indios que utilizaban también parece ser las plantas descritas por Dioscórides. Deudor, sin pago, es de García da Orta, su maestro, y de otros viajeros anónimos que recorrían las tierras exóticas describiendo plantas y costumbres, ciertas o inventadas, cuya huella es persistente en esta obra.

recen por primera vez justificadas y documentadas palabras que ya forman parte de nuestro patrimonio léxico común. De la anónima traducción y con las debidas precauciones que un trabajo de análisis de un texto de este tipo comporta, pues vamos a tener que manejar vocablos técnicos, cultismos, de rapidísima entrada y aceptación en las lenguas europeas, nos interesaría subrayar la contribución de esta versión de Acosta a las novedades que en el campo de la terminología científica se producen en Italia, las incorporaciones de nuevos vocablos y su vitalidad en la lengua.

En este texto vamos a encontrar los primeros testimonios escritos de términos de árboles y plantas indígenas, que provenientes del español, se han incorporado con mayor o menor fortuna en la lengua italiana.

Así que podemos hacer una clasificación de la presencia de estas voces hispánicas.

En primer lugar tenemos una serie de palabras que están documentadas por primera vez en italiano. Entre ellas algunas se encuentran exclusivamente en este texto y no tienen más vitalidad en la lengua. A esta categoría pertenecen:

Bicho de Ormuz (Acosta 1585: 135): “il maggior veneno che tra loro habbiano, è quello chiamato Bicho di Ormuz, il quale è come uno stinco del quale & del suo horrobilissimo veleno & della sottile & diabólica arte che hanno per uccidere con lui, si dirà nel libro de gli animali”.

Esta es la denominación de uno de los tantos venenos, a los que parecen tan aficionados nuestros antepasados, y que se describen en el libro¹⁰. Desconocemos la denominación italiana actual, como el mismo traductor. En el texto castellano de Acosta *bicho* es precisamente la primera documentación escrita de la palabra, original del latín *BESTIUS* que parece ha dejado otros derivados en la península italiana. Con el mismo significado despectivo encontramos también en los dialectos umbro y marquesano, *bisciu*, *biscio* aplicados a ‘bastardo, trovatello, pastorello, che guarda le pecore’ (Cortelazzo 1998).

Otro término que se lee sólo en Acosta es *olla* (Acosta 1585: 63), que no tiene referencias en ningún otro documento de la época: “(...) che essala dell’olla quando si cuoce, discoprendola: perché si cuoce stando sempre la bocca dell’olla chiusa”.

¹⁰ Hay un libro interesantísimo y curioso de un Premio nacional de Poesía que recoge este tema, Antonio Gamoneda, *Libro de los venenos* (1995).

Se trata de lo que los especialistas llaman un *emprunt de traduction*. consecuencia de la premura con que se redactan los textos, y que no va a dejar más rastro tras de sí en la lengua de llegada. Podríamos calificarlo de descuido por parte del traductor. Diferente actitud es, en cambio, la del especialista que traslada al italiano el texto de Antonio de Guevara, *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*¹¹, que deja en el idioma original *olla podrida*, dándose cuenta de la falta absoluta de correspondencia entre ambas lenguas y por tanto de traductividad, de la denominación de este plato cotidiano en nuestra España popular.

El hapax *cannafistola* ‘cassia fistula’ se lee sólo en Acosta (Acosta 1585: 99): “Per essere la canna fistola ordinaria tanto usato voleva tralasciare di parlar di lei; benché sia stato oculta a Dioscoride, & a Galeno”.

El término proviene de la confusión en castellano con *cañafistula* ‘flauta’, que encontramos en el Vocabulario de Nebrija, y no *cassia fistula*. La primera parte de la palabra proviene precisamente de la traducción automática de *caña* por *canna* y la segunda parte es idéntica. Se trata de una planta leguminosa cuyos frutos tienen un efecto laxante.

Otras voces que aparecen sólo en esta traducción y que no tienen otro reflejo en la lengua, son en su mayor parte denominaciones de plantas exóticas, tomadas de viajeros, españoles o utilizadas por los españoles en su relación con sus colegas portugueses, como puede comprobarse en el significante. Son absolutamente irrelevantes en la historia del léxico italiano. Su valor es sólo relativo a la época en que se presentaban como cultismos de absoluta necesidad, sin que por ello y a pesar de su forma chirriante, desmezcen en el contexto en que aparecen:

Charameis (Acosta 1585: 245): “Delli charameis. Di questo arboro sono due specie, uno della grandezza d’un nespolo co<n> la foglia verde chiara, la quale s’assomiglia alla foglia del Pero”.

Del latín *CALAMELUS*, diminutivo de *CALAMUS*, ‘caña’, término, además, muy difundido en lemosín, occitano y portugués, según Corominas.

Derros (Acosta 1585: 186), ‘derride’: “Soglionsi alcune fiате ritrovare mescolati alcuni pezzetti di pietre molto sottili, & alcune altre fiате una certa gomma, che chiamano Derros”.

El término proviene del latín científico *DERRIS*.

¹¹ La traducción es de Cosimo Baroncelli (Guevara 1601: 58).

Otra categoría de préstamos lo constituyen palabras que se leen en Acosta y en traducciones italianas del español o en las relaciones de viajeros de la época y perviven con mucha vitalidad en la época y luego desaparecen. Como ejemplos podemos citar:

Almadia (Acosta 1585: 81). Tanto el texto español como el italiano acompañan esta voz con una glosa aclaratoria: “la quale è una barca fatta di un sol legno, nella quale cape un’huomo disteso”, y en el texto español: “q<ue> es una embarcacion de un solo palo hecha, en que cabe un ho<m>bre acostado” (Acosta 1578: 105).

Es una voz antigua y documentada, pues aparece en las primeras relaciones de Indias de Pigafetta y Vespucci. En castellano, la encontramos en la relación del primer viaje de Colón, aunque en el diccionario etimológico hispánico, Corominas matiza que el término en la península ibérica era ya muy conocido. Se cita también en el Diccionario de Autoridades, y es popular en zonas de Aragón y Cataluña. También existe en portugués, como denominación de una embarcación africana estrecha y larga que se usa también en la India: “barca de passagem jangada”. Según el autor del diccionario etimológico del portugués, Machado, parece ser palabra tomada de un dialecto bereber, en el siglo XV.

Anil (Acosta 1585: 313): “L’anil, benché non sia semplice medicinale, nondimeno per essere merca<n>tia usata offerendosene l’occasione, se ne parlerà così sorsiuamente, lasciandone il disegno”.

Es la denominación de la INDIGOFERA ANIL, de la que se extrae una pasta de color azul oscura. Corominas atribuye un origen ibérico a la forma italiana, *anile*, como lusismo, y *agnir*; en su más claro étimo castellano. Como documentación más antigua Battaglia ofrece para la lengua italiana el texto de Sasseti, en 1583.

Betele (Acosta 1585: 108): “Andrea Lacuna chiama Tembul, de quale scrisse Auicenna al capitolo 707, il qual Tembul è il proprio Betele degli indiani”.

En el texto encontramos la misma forma portuguesa *betele*, que denomina un arbusto de la familia de las piperáceas (PIPER BETELE). Efectivamente es un vocablo frecuente en los textos de los viajeros portugueses de principios del siglo XVI. Al italiano ha pasado en las formas contractas que recoge Battaglia, *betle*, *betre*, *bettle*, esta última como forma más antigua, siendo sustituido por el moderno *betel*, proveniente del francés. En el diccionario etimológico del portugués precisamente encontramos: “as formas bétele e bétere sao mais antigas; betle e betre, contracoes, sendo betle mais usado na India”. Se corresponden con el actual bétel (Machado).

Cate (Acosta 1585: 114). Así lo glosa el traductor: “così chiamato nelle Indie & nella China, o cato (come alcuni lo chiamano in Malaca doue si consume in molta gran quantità)”.

Tal denominación se aplica al actual *catecù* ‘acacia de la India y de Ceylán’. En el Tommaseo encontramos *cato*, y no *cate*, como forma anticuada y sinónima de *cacciù* o *casciù*. En español, *cato* es de origen portugués, *catò*, y está documentado por primera vez en el texto original español de Acosta en 1578, según Corominas. Para su etimología nos remitimos a su origen portugués: “*cate, cato, cacho, catechu* (...) *catechú* é o composto de *cate* e *cacho*”, cuya primera documentación es del siglo XVI (Machado).

Mangas (Acosta 1585: 241): “E l’arboro che produce l’frutto, che chia mano Mangas grande, & di molti rami, & il detto fruto è comunemente poco Maggiore, ch’un ovo d’Occa”.

Esta es la denominación del fruto y del árbol de la familia de las terebintáceas, llamado también *mango de la India*. La voz de origen portugués, *manga*, es original de una lengua indígena, el tamil. En el texto español de Acosta también es la primera vez que nos encontramos con este término en nuestra lengua (Corominas). Para la lengua italiana, debemos retrotraer la fecha de aparición del sustantivo femenino a la edición en 1585 de esta traducción, pues según Battaglia, la voz, actualmente en desuso, se encuentra como primicia en P. Della Valle en 1650.

En el último grupo podemos incluir palabras que aparecen por primera vez en Acosta —o en contemporáneos inmediatos— y han tenido una mayor vitalidad pues se encuentran en obras posteriores y permanecen en la lengua italiana. Se trata siempre de cultismos provenientes de lenguas indígenas orientales o de adaptaciones de formas griegas o latinas, que quizá fueran conocidas por botánicos medievales, y de ahí pasarían a nuestras lenguas romances.

Ananas (Acosta 1585: 269): “Questo pomo peregrino, la cui origine dicono esser venuta del Brasile, donde fur portati i primi alle Indie Orientali & doue allignarono così leve, come nelle Occidentali”.

Fueron los portugueses los que adoptaron la palabra guaraní *naná* ‘aroma grande’, con la forma aglutinada del artículo femenino, precisamente en el siglo XVI. El diccionario etimológico portugués de Machado ofrece como primer documento escrito una obra de García da Orta, maestro, por lo que sabemos de Cristóbal Acosta. Así que nuestro médico y cirujano aparece como deudor de esta fuente primigenia, y es precisamente la primera vez que aparece impreso el término castellano. Por lo demás, para el italiano, lo encontramos dos años antes, en 1583, en la obra de Sasseti. Lo que sí es digno de mención es la rápida difusión de las denominaciones de realidades nuevas, de árboles, frutos y animales de los territorios descubiertos en las lenguas románicas, pues media claramente muy poco tiempo entre los testimonios escritos.

Caiman (Acosta 1585: 225). Para mejor comprensión del término, el autor lo hace acompañar de un sinónimo *crocodilo* y una glosa explicativa: ‘i quali sono lacertoni molto grandi & crudeli, che assaltano molte e diuerse volte le barche piccole’.

Los diccionarios consultados no coinciden en la fecha de entrada de la palabra en la lengua italiana. El DEI ofrece como fecha 1560, con la forma *cayman*. Y Battaglia retrasa hasta el siglo XVII en cambio, la primera documentación de *caimano*. El término es una adaptación de una lengua africana o incluso caribe, que a través del portugués pasa a las restantes lenguas románicas, al francés en 1587. En el texto español de Acosta (Acosta 1578: 297), sin embargo, encontramos la forma *caymoin*, calco directo de la forma portuguesa.

Carambola (Acosta 1585: 192.): “é un fruto d’un arbor della grandezza d’un cotognaro, che ha la foglia come quella del Pomo, un poco piú lunga, tinta d’un verde oscuro”.

Es la denominación común de la AVERRHOA CARAMBOLA, planta originaria de la India. La primera confirmación de la existencia del término en castellano nos la ofrece precisamente Acosta, y de nuestra lengua parece ser que pasa al francés, posiblemente a través del italiano, según el DEI, en 1601. Antes está documentada la forma portuguesa, en 1563 en los *Colóquios* de García da Orta, procedente de una lengua oriental (Machado). Hay pues que retrotraer la fecha que aportan los diccionarios históricos italianos en un siglo, pues la obra de Gemelli-Careri, del siglo XVII que ofrece Battaglia, no es la primera confirmación de este término en italiano.

Carpesio (Acosta 1585: 105). Es la denominación de una madera aromática, de origen asiático. Su nombre científico es *CARPESIUM*, en clara referencia a la etimología griega de la palabra, que utilizara ya Galeno: “tanto piú che Galeno dice esse il Carpesio una certa herba simile alla valerina & dice il Lacuna”.

Como fecha de la primera documentación escrita, el DEI ofrece el siglo XVI, sin especificar textos. En este caso, de nuevo se corrobora la impresión de que algunas voces están documentadas en textos clásicos latinos de medicina o de botánica, y de ahí pasaron a utilizarse en las lenguas romances, a través de su actualización en la época de los descubrimientos.

Copra (Acosta 1585: 80): “Di questa medesima copra si fa ne’ torchi l’oglio, si come noi lo facciamo delle oliue, & se ne fa assai quantità”.

Se aplica a cierta sustancia que se deposita en la parte interior de la nuez de coco. Procede el término de las lenguas orientales, a través del portugués, pues aparece por primera vez en esta lengua en la obra de García da Orta en

1563 (Machado). De ahí pasará al español en la obra de Acosta, y por traducción al italiano, en este mismo texto en 1585. La primera fecha, entonces, no será 1602, como testimonian los diccionarios (DEI).

Datura (Acosta 1585: 67): “Il suo frutto somiglia molto al frutto della stramonia, è ritondo & della grandezza d’una noce, di color verde e tutto spinoso, ma non pungono le spine”.

Se trata de especies de plantas muy conocidas, entre las cuales encontramos muchos venenos que contienen alcaloides usados en medicina. El tipo más representativo de todos es el *estramonio*. El significante del término procede también de las lenguas orientales, y se difunde entre las lenguas occidentales por la traducción de la obra de Acosta, como justifica Corominas: “Cristóbal Acosta cita *datura*, como nombre de planta en portugués, idioma en que se halla en 1563”. Ciertamente es que se encuentra en la obra de García da Orta (Machado), y desde el texto original castellano sirve de transmisión a las demás lenguas, por ejemplo al francés *dature* en 1597.

Dorione (Acosta 1585: 171): “é questo arboro molto alto & molto grande, & il suo legno è molto robusto, & massiccio, & la sua scorza è grossa, & fosca. é arboro folto di molti rami (...) il qual chiamano Duriaon”.

Es el árbol de la familia de las bambáceas, *durio* o *durian* de las Indias, DURIO ZIBETHINUS, según la terminología de Linneo. En portugués se documenta desde el siglo XVI, procedente de las lenguas malayas, o de Java, y desde aquí se ha expandido como término culto a las restantes lenguas. Habría que retrotraer de nuevo la fecha de aparición en italiano un siglo, por lo que nos ofrecen los diccionarios consultados Battaglia y DEI, y aceptar la traducción de Acosta, como la primera documentación en esta lengua.

Iambo (Acosta 1585: 204): “De iambi. Un altro frutto ha nelle Indie tanto aggradeuole alla vista, & tanto soave di olore, & tanto grato al gusto, ch’è degno di essere disegnato, & che se ne faccia menzione”.

En los textos italianos antiguos, también aparece documentado como *giambù*, *iambò*. Es el actual *giambo*, EUGENIA JAMBOLANA, una planta de la familia de las mirtáceas muy común en la India. Su etimología proviene del sánscrito a través del portugués y se difunde en español e italiano en el siglo XVI. Sasseti (1583) en su obra también menciona los *yambos de Malaca*.

Iambulano (Acosta 1585: 202): “Delli iambolani. Vi è un altro frutto chiamato volgarmente Iambolani che s’assomiglia alle oliue mature de Corduba”.

Son plantas de especies muy conocidas pertenecientes a la familia de las rutáceas, difundidas en las Indias Orientales. Su nombre científico es ZYZY-

GIUM JAMBOLANUM, pero la denominación común es de origen asiático, a través del portugués *jambolao* (Machado), y como calco de traducción aparece en el texto castellano de Acosta: *iamboloins*. Éste, como otros ejemplos, demuestran la facilidad para el préstamo en la traducción, unas veces más afortunado que otras, pero siempre vital en la transmisión de la nueva cultura recién aceptada.

Moringa (Acosta 1585: 263): “La Moringa è dell’altezza d’un lentisco, col quale molto si rassomigliano le foglie. Non fa molti rami né molta ombra”.

Según los expertos en materia de botánica, la planta se denomina en castellano además *ben*, *behel*, *frijol de Maluco* o *palo jeringa*. No es una voz antigua en España, según Corominas, sino que procede del tamil, y ha sido difundida por nuestro médico-botánico Acosta del portugués al italiano y a las restantes lenguas, por ejemplo en francés *moringe*, y en inglés *moringe*, por primera vez en 1793. Hasta el momento, este es el primer texto italiano en que aparece y en este caso, sí que la documentación ofrecida por Battaglia se corresponde a nuestra traducción.

Negundio o *negundo* (Acosta 1585: 211): “Del Negundo. Due arbori si trouano in molte parti dell’India (principalmente nel Malabar) così medicinali & tanto in uso, che in molte infirmità si vagliono di loro con buon suceso”.

Es el actual *negundo*, el único *arce* (*acero*, en italiano) que tiene hojas compuestas. La primera documentación escrita se encuentra en este texto, y puede también proceder del portugués como otras veces, pues aparece en los famosos *Colóquios* de García da Orta, en 1563 (Machado), y se difunde en las lenguas occidentales a través del castellano.

Sargazo (Acosta 1585: 272): “Nel molto profondo & lungo mare della famosa & non meno temuta volta del Sargazo (che così si chiama da Naviga<n>ti dell’Indie da dieciotto fin trenta quattro gradi della linea equinottiale dalla parte di Tramontana) appare il mare pieno di quest’herba chiamata Sargazo.”

Es el nombre de un alga muy difundida. Esta forma es un préstamo conocido a través de la traducción del mismo español *sargaço*, lengua en la que aparece en esta época por primera vez, y que según consta, ha sido tomado del portugués *sargazo*. El italiano actual *sargasso* ha asumido su significado del latín científico SARGASSUM, pero están justificadas y documentadas tanto *sargazo* en Acosta, como *salgazzo* en Ramusio, en el siglo XVI.

CONCLUSIÓN

Para concluir este trabajo sobre los préstamos en la traducción de Acosta, también debemos aportar algún dato que nos confirme, como era de esperar, el origen veneciano del traductor. Nada mejor que un término de amplia utilización en el lenguaje del orden de los *spezieri veneziani*, como *cillela* (Acosta 1985:115): “& con la detta farina, & cenere d’un legno negro, ch’è in quella terra, & senza di lei, fanno i suoi trocisci o cillele; & le seccano all’ombra”. Se trata de pastillas o píldoras ‘medicamenti dai farmacisti ridotti a foggia di girelle’ (Boerio).

No podemos esperar muchos más indicios de la dialectalidad del texto, lo que sí está suficientemente explícita es la italianidad del mismo, ya sea por su construcción sintáctica o por el uso general de unos vocablos cultos sancionados en la tradición escrita más sólida. A esto se le añaden otros tecnicismos, nombres de frutos y de plantas de origen oriental, que están documentados por primera vez en la lengua italiana. Si a su difusión ha contribuido, como parece, la letra impresa, debemos dar por sentado que las conciencias lingüísticas del anónimo traductor y después, de los lectores especialistas que lo leen, aceptan los nuevos términos como propios, semejantes a palabras patrimoniales o a otras formas existentes que se utilizan; y los juzgan incluso como necesarios y por tanto imprescindibles al acerbo común, para expresar las novedades que los nuevos tiempos imponen.

Para valorar en su medida el carácter del préstamo es imprescindible tener en cuenta el ambiente y las circunstancias personales de aquellos que lo han adoptado. Es indudable que Acosta es deudor de los viajeros portugueses cuya huella rastreamos en su obra. El traductor anónimo, por su parte es consciente en el ejercicio de su trabajo, de la necesidad de informar cumplidamente de las realidades que el texto describe. Precisamente estos tecnicismos calcados de las lenguas de origen son el testimonio del valor y la finalidad del texto, la justificación de la tarea y el trabajo de trasladar estos conceptos de una lengua a otra. Nada mejor para entender la permeabilidad cultural en época tan interesante en la consolidación de nuestras lenguas nacionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, C. (1578): *Tractado de las Drogas, y medicinas de las Indias Orientales, con sus Plantas debuxadas al biuo por Christoual Acosta medico y cirujano que la vio ocularmente*. Burgos.
- ACOSTA, C. (1585): *Trattato di Christoforo Acosta Africano Medico & Chirurgo, della Historia, matura et virtu delle Droghe Medicinali, & altri Semplici rarissimi, che vengono portati dalle Indie Orientali in Europa, Con le figure delle Piante ritratte, & diseguate dal viuo poste a'luoghi proprij. Nuovamente recto dalla Spagnuola nella nostra Lingua*. In Venetia, presso à Francesco Ziletti.
- BATTAGLIA, S. (1961-2000): *Grande Dizionario della lingua italiana*. Torino, UTET.
- BATTISTI, C., ALESSIO, G. (1950-1957): *Dizionario etimologico italiano*. Firenze, Sansoni. (Se cita como DEI.)
- BECCARIA, G. (1968): *Spagnolo e spagnoli in Italia*. Torino. Giappicchelli.
- BENZONI, G. (1572): *La istoria del Mondo Nuovo* (1565). Venecia.
- BOERIO, G. (1971): *Dizionario del dialetto veneziano*. Milano. Martello (ristampa anastatica dell'edizione originale del 1856).
- CAMILLO, E. (1991): "Voci quotidiane, voci tecniche e toscano nei Volgarizzamenti di Plinio e Pietro de' Crescenzi". *Studi di lessicografia italiana XI*, pp. 124-150.
- CASAS, C. de las (1989): *Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana*, prólogo de J.M. Lope Blanch. Madrid, Istmo.
- CERVANTES, M. (1998): *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona. Instituto Cervantes.
- COROMINAS, J., PASCUAL, J. A. (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid. Gredos. (Se cita como Corominas).
- CORTELAZZO, M., ZOLLI, P. (1979-1988): *Dizionario Etimologico della lingua italiana*. Bologna. Zanichelli.
- CORTELAZZO, M. (1998): *I Dialetti italiani. Dizionario etimologico*. Torino. UTET.
- D'AGOSTINO, A. (1993): *L'apporto spagnolo, portoghese e catalano*, en *L'italiano e le altre lingue moderne*, en Serianni, L. e Trifone, P. (a c. di) *Storia della lingua Italiana III: Le altre lingue*. Torino. Einaudi, pp. 803-813.
- DARDANO, M. (1994): *I linguaggi scientifici*, en *I linguaggi settoriali*, en Serianni, L. e Trifone, P. (a c. di) *Storia della lingua italiana II: scritto e parlato*. Torino. Einaudi, pp. 505-521.

- DIONISOTTI, C. (1967): *Geografia e storia della letteratura italiana*. Torino. Einaudi.
- FOLENA, G. (1991): *Volgarizzare e tradurre*. Torino. Einaudi.
- GAMONEDA, A. (1995): *Libro de los venenos*. Madrid. Siruela.
- GARCÍA DA ORTA (1563): *Coloquios dos simples e drogas he cousas medicináis da India*. Goa. Tipografía de Juan de Edem.
- GRAYSON, C. (1982): "Le lingue del Rinascimento" en *Il Rinascimento. Aspetti e problemi attuali*. Atti del X Congresso dell'Associazione internazionale per gli studi di lingua e letteratura italiana. Belgrado 17-21 Aprile 1979. Firenze. Olschki.
- GUEVARA, A. (1601): *Il dispregio della corte e la lode della villa*. Florencia. Traducción de Cosimo Baroncelli.
- JARQUE ROS, E. (1982): *Un ceuti ilustre del siglo XVI: El Doctor Acosta, médico, botánico y escritor*. Instituto de Estudios Ceutíes. Ceuta. CSIC.
- LAGUNA, A. (1968): Pedacio Dioscórides Anazarbeo, *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*. Facsímil de la edición de 1555 del Instituto de España. Madrid.
- MACHADO, J. P. (1989): *Diccionario etimológico de lingua portuguesa*. Lisboa. Livros Horizonte.
- MARAZZINI, C. (1993): *Il secondo Cinquecento e il Seicento*, en Bruni, F. (a c. di) *Storia della lingua italiana*. Bologna. Il Mulino.
- MATTIOLI, P. (1984): *Dei discorsi ne' sei libri di Dioscoride della materia medizinale*. Bologna. Forni. (Ristampa dell'edizione originale del 1557).
- PIGAFETTA, A. (1928): *Relazione del primo viaggio intorno al mondo (1523)*, en *Viaggi e scoperte di navigatori e esploratori italiani*. Edición de Camillo Manfroni. Milano.
- SASSETTI, F. (1855): *Lettere (1583)*. Edición de por E. Marcucci. Firenze.
- TRIFONE, P. (1993): *La lingua e la stampa nel Cinquecento* en *La lingua e le istituzioni* en Serianni, L. L. e Trifone, P. (a c. di) *Storia della lingua italiana I: I luoghi della codificazione*. Torino. Einaudi.
- VIDOS, B.E. (1977): "Saggio sugli iberismi in Pigafetta". en Alvar, M. (ed.) *Actas del V Congreso Internacional de Estudios lingüísticos del Mediterráneo*. Málaga. p. 57-67.